

CHIKITOS: HISTORIA DE UNA PASIÓN

*Alcides Parejas Moreno**

Mi relación con Chiquitos es de larga data. La familia de mi abuela paterna, los Rivero Suárez, es oriunda de San Francisco Javier, la primera misión con la que se inició el proceso misionero chiquitano, fundada por el Padre Arce el 31 de diciembre de 1691. Gracias a eso en mi niñez y temprana adolescencia pasé muchas vacaciones en casa de mi tío Miguel Rivero, situada en la plaza y que actualmente es la Sede Ganadera. La casa de mi bisabuelo paterno, don Zoilo Rivero, es la que está en la esquina de la plaza, justo frente a la fachada de la iglesia.

Muchas veces le había oído a mi padre contar sus andanzas por San Javier, en la que había pasado una buena parte de su niñez. A pesar de mis pocos años (tal vez por los cuentos que había oído de boca de mi padre), mi encuentro con Chiquitos fue amor a primera vista. Recuerdo con emoción la primera vez que vi el paisaje chiquitano desde la ventanilla del avión, pues era el único medio para llegar a este pequeño pueblo, porque no había carretera en los años 50 del siglo pasado. Me imaginé un enorme mantel verde, un tanto arrugado y salpicado de palmeras y de tanto en tanto enormes piedras.

En la pista, que no estaba muy lejos del pueblo, nos esperaban con caballos y un carretón para llevar el equipaje. Desde el primer momento me sentí sobrecogido por el templo, tanto por las dimensiones del edificio como por el hermoso y misterioso claustro en el que jugábamos al atardecer, cuando sobrevolaban los murciélagos. Las calles eran verdes, en las que apenas se podía adivinar las huellas de los carretones. En esa época sólo había dos pequeñas camionetas, que la mayor parte del tiempo estaban en las estancias de sus dueños.

Mi segundo encuentro con Chiquitos fue a través de la documentación que fui encontrando en el Archivo General de Indias de Sevilla, a partir de 1965, cuando empecé la especialidad de Historia de América en la Universidad de Sevilla. Sin embargo, las misiones de Moxos acapararon mi atención y fue tema de mi tesis de licenciatura.¹ Chiquitos, como tema principal, debió esperar su momento; mientras, seguía acumulando información.



Foto. Patricio Crooker.

El tercer encuentro fue definitivo. Cuando regresé a Santa Cruz de la Sierra, después de una larga ausencia, tuve la suerte de conocer a don Plácido Molina Barbary, un hombre sabio que estaba profundamente enamorado de Chiquitos. Uno de los temas frecuentes de nuestra tertulia era Chiquitos. Me contó con lujo de detalles su enamoramiento de Chiquitos, que había empezado a recorrer cuando era funcionario de la oficina de límites, y el largo y trabajoso tiempo que le llevó fotografiar sus templos, gentes y paisajes: fue un trabajo titánico, pues lo hizo con una pequeña cámara fotográfica que le había prestado uno de los frailes franciscanos que trabajaba en la zona, el padre Pío; de su penoso peregrinar ante las autoridades locales y nacionales para que hicieran algo para no perder los templos jesuíticos (“Eran cartas al lucero del alba”, decía con tono nostálgico).

Mientras tanto, había entrado en escena el obispo del Vicariato de Ñuflo de Chávez, Mons. Eduardo Bösl, un franciscano alemán decidido a dejar poso, quien tomó la decisión de restaurar los templos; para eso trajo al arquitecto suizo Hans Roth, quien se hizo cargo de este trabajo. Se trataba de un proyecto de enormes proporciones, que a pesar de las dificultades —económicas y técnicas— se puso en marcha. Muchas veces oí decir que el obispo Bösl era “un tanque”, que conseguía todo lo que se proponía y que, sobre todo, era muy hábil para conseguir fondos. Después que lo

* Doctor en Historia. Autor de textos de historia para ciclo medio

conocí constaté que todas las apreciaciones sobre él se habían quedado cortas; no era un tanque, era un tren. El proyecto de restauración de los templos de las antiguas misiones de Chiquitos era de gran envergadura. Mons. Bòsl lo encaró con inteligencia y coraje, y muchas veces con verdadera osadía. Como era un tractor que siempre avanzaba hacia delante, más de una vez debió decirse que si los perros le ladraban era porque estaba haciendo algo.

El primer templo fue el de San Rafael, al que poco a poco se irían sumando los demás. Un buen día – en medio de la euforia del resultado de las primeras restauraciones, que en gran parte se hicieron usando sus fotografías, que generosamente había puesto a disposición del Arq. Roth– don Plácido, con ese hablar pausado y quedo que le caracterizaba, me lanzó un desafío: “¿Por qué no propone los templos de Chiquitos para que UNESCO los declare Patrimonio Cultural de la Humanidad?”.

Debo confesar que mi primera reacción fue reír ante lo que en ese momento me parecía una propuesta desproporcionada. Varios días le di vueltas al asunto, que al principio me pareció una locura. “Cómo es posible competir con Notre Dame de París, con la Alhambra de Granada, con el Partenón de Atenas...”, me atormentaba. Poco a poco entendí que no se trataba de ninguna competencia, sino de reconocer ante el mundo que se está ante una obra humana de gran singularidad que merece ser destacada.

Acepté el desafío de don Plácido con gran entusiasmo, pues tenía plena seguridad de la singularidad de la cultura chiquitana. Sabía, por los años que había trabajado en La Paz cerca a los instrumentos del poder central que éste debería ser un proceso que debía ser encarado por una institución oficial, pero tomé la decisión de hacerlo por mi cuenta porque sabía la pesadez de la burocracia estatal, sobre todo en lo que a cultura se refiere y mucho más si se trataba de una propuesta cruceña.

Al tomar esta decisión –la verdad que no sé si fue de manera consciente– estaba actuando como lo hicieron los cruceños desde el Memorandum de 1904 hasta los años 70 del siglo pasado: hacer las cosas sin esperar que nos vengán de arriba.

Era un trabajo gigantesco; no podía hacerlo solo. Busqué la colaboración de un joven arquitecto que durante sus estudios en Córdoba (Argentina) se había prendado de Chiquitos, Virgilio Suárez Salas. Él se hizo cargo de toda la parte arquitectónica y urbanística. Juntos preparamos el dossier,² de acuerdo a las exigencias de la UNESCO. Toda la documentación se complementó con un pequeño video, que encargué a Rubén Poma, que trató de reflejar en imágenes lo que Virgilio y yo tratamos de explicar con palabras.

Desde el primer momento conté con el asesoramiento de mi amiga Teresa Gisbert, que en esa época estaba de directora del Instituto Boliviano de Cultura, y de su esposo, el arquitecto José de Mesa; ambos habían preparado el dossier para la declaratoria de Potosí. Todos los gastos que conllevó el trabajo se hizo a “nuestra costa y misión”, como decían los primeros pobladores de estas tierras. Valió la pena, como a los cruceños de todos los tiempos aquello de “poblar y desencantar la tierra”.

Además, desde el primer momento contamos con el apoyo del Comité pro Santa Cruz durante la presidencia del Ing. Edgar Talavera.

Cuando el dossier estuvo completo viajé a La Paz para dejarlo en manos del instrumento competente, el Ministerio de Relaciones Exteriores. Pedí audiencia con el Canciller, el Dr. Valentín Abecia; como estaba de viaje, me recibiría el Subsecretario, el Dr. Jorge Gumucio Granier. Fui a la cita acompañado de mi buena amiga Teresa Gisbert. Después de presentarlo oficialmente a la Cancillería se me informó que toda la documentación debía ser mandada de inmediato a nuestro representante ante la UNESCO en París, don Augusto Céspedes. Como no quería que “el pan se me quemara en la boca del horno”, pregunté al Dr. Gumucio si yo podía mandarlo directamente a París. Me dijo que no había ningún inconveniente.

Como el tiempo apremiaba, cuando los de DHL me confirmaron que el paquete había sido entregado en la Embajada de Bolivia ante la Unesco en París, llamé por teléfono a don Augusto, quien desde el primer momento mostró su mejor disposición. Tenemos poco tiempo, le urgí; hay que presentar la documentación cuanto antes. Me prometió que lo haría. Al día siguiente, a costa de parecer majadero, lo volví a llamar y muy amablemente me confirmó la entrega.



Foto. Patricio Crooker

Aunque a partir de este momento los representantes bolivianos se hicieron cargo del caso —culminó durante la gestión del embajador Salvador Romero Pittarri—, seguí el trámite muy de cerca hablando con las personas adecuadas para conseguir el apoyo, que no fue tarea fácil, pues algunos decían que la arquitectura maderera era “de segunda”. Incluso en un momento de locura hasta pensé en viajar al Canadá, para estar presente en la reunión de la UNESCO que iba a decidir la suerte de Chiquitos, en la empresa Braniff.

La declaratoria se consiguió. UNESCO no sólo nombró los bellísimos templos, sino seis pueblos, pues el argumento que usé en la documentación presentada fue que se trataba de “pueblos vivos”.³ El logro fue mayor del que jamás hubiéramos osado soñar. En el dossier se habían incluido ocho pueblos. Lamentablemente, San Ignacio de Velasco fue desechado, alegando que la iglesia había sido reconstruida y San Juan Bautista (Taperas) porque se trataba de arqueología histórica.

La declaratoria fue una sorpresa tanto para propios como para extraños. Sin embargo, pronto se cayó en la cuenta de que este logro no era suficiente, que no estaba completo, que habíamos encontrado un tesoro, pero teníamos que hacerlo fructificar. La solución nos la dio, a un reducido número de personas, una musicóloga colombiana que visitaba las misiones. Durante el proceso de restauración de habían encontrado miles de partituras que los cabildos indígenas chiquitanos custodiaban celosamente. Hans Roth había tenido la feliz idea de centralizar todo este material en Concepción, la sede del Obispado, naciendo así el Archivo Musical de Chiquitos. ¿Por qué no organizan un festival musical?, nos desafió una musicóloga colombiana, que había venido a conocer Chiquitos. Fue una noche cenando en “La Creperie”, bajo el cobijo de Marcelo Araúz, que se entusiasmó con la idea y se convirtió en el alma del festival.

El enamoramiento lleva a hacer locuras; fue así que concebimos crear un festival internacional de música que tuviera como objetivo la conservación y difusión de la música de ese riquísimo archivo y, al mismo tiempo, iniciar un proceso de apoderamiento de esta cultura por parte de la comunidad local, departamental y nacional; la promoción turística de la región fue consecuencia de estos objetivos fundamentales. Era una locura total, pues ninguno de los pocos que nos involucramos en el proyecto era especialista en música. Esos cuatro locos creamos una institución para que fuera el sustento de este festival. Para ello llamamos a otras personas para que nos presten sus carnets de identidad para poder formar, de acuerdo a ley, una asociación. Así nació la Asociación Pro Arte y Cultura (APAC).

Hay que reconocer que toda esta locura se apoyó en el trabajo que desde hacía algún tiempo venían haciendo Rubén Darío Suárez Arana, Arturo Molina y Damián Vaca, en Urubichá, donde tenían el apoyo del padre Walter y sor Ludmila. A estos tres mosqueteros la música cruceña, sobre todo la barroca, les debe mucho.

El Festival Internacional de Música Renacentista y Barroca “Misiones de Chiquitos” —tal es el nombre que se le dio— nació con buena estrella, pues contó con el apoyo del gobierno nacional (desde el primer momento se contó con el apoyo del entonces Presidente de la República, Hugo Bánzer Suárez, de su Ministro de Educación, Tito Hoz de Vila, y del Director de la Fundación del Banco Central de Bolivia, Alberto Bailey Gutiérrez), de la Alcaldía de Santa Cruz de la Sierra y la Prefectura de Santa Cruz, así como de las embajadas de algunos países.⁴



Foto. Patricio Crooker

En poco tiempo se posesionó como uno de los festivales más importantes y el más grande en su género, y situó a Chiquitos en la geografía internacional de la cultura. Poco a poco el hecho de poseer un patrimonio cultural tan importante y ser parte de un festival de tal envergadura hizo que aumentemos nuestra autoestima. En medio de esa euforia, durante el segundo festival se me ocurrió inventar el verbo “barroquear” para involucrar al mayor número de personas en el



Foto. Patricio Crooker

proceso y a difundir, tanto a nivel local como nacional e internacional; yo barroqueo, vos barroqueás (tú barroqueas), él barroquea, nosotros barroqueamos, ellos barroquean. Por otra parte, es casi una norma general que quien conoce Chiquitos corre el peligro de enviarse y trata de regresar muchas veces.

Con el primer festival nació formalmente (su gestación ya se había iniciado antes) el primer coro y orquesta formado por niños y jóvenes a la manera de las antiguas misiones. Este primer coro y orquesta se formó en Urubichá, como he mencionado más arriba.

Poco a poco gracias a la entrega y el amor de Rubén Darío Suárez Arana surgió el SICOR, que inundó toda la geografía cruceña de coros y orquestas de jóvenes.

Este recuento del proceso de nombramiento de Chiquitos como Patrimonio Cultural de la Humanidad por la UNESCO hace 25 años no es una búsqueda del tiempo perdido ni una mirada nostálgica y enfermiza al pasado. Es una afirmación del presente y un mirar hacia adelante con optimismo. Pero sobre todo me ha servido para recordar que llevo a Chiquitos en el corazón.

Notas

1. PAREJAS MORENO, Alcides: *Historia de Moxos en la segunda mitad del siglo XVIII*. Instituto Boliviano de Cultura. La Paz, 1976.
2. PAREJAS MORENO, Alcides; SUÁREZ SALAS, Virgilio: *Chiquitos, historia de una utopía*. UPSA. Santa Cruz de la Sierra, 1990 (2007)
3. QUEREJAZU, Pedro: *Las misiones jesuíticas de Chiquitos*. Fundación BHN. La Paz, 1995.
4. El primer festival se realizó en 1996. Desde entonces se hace cada dos años. Tiene como escenario las antiguas misiones de Chiquitos. Poco a poco se ha ido extendiendo a las antiguas misiones jesuíticas de Moxos, a la mercedaria de Porongo y a las franciscanas de Guarayos y el Chaco.

Recepción: 20 de diciembre 2015.

Aprobación: 15 de enero 2016.

Publicación: Febrero 2016.